

# UN VIERNES DE ABRIL (Bogotá, 1948)

Algriseo

Image not found.

## Capítulo 1

### UN VIERNES DE ABRIL

Amanecía un viernes triste de Abril, el trabajo en el edificio Agustín Nieto no me dejaba descansar, y todo últimamente me mantenía preocupado, lo que causaba un martilleo en mi cabeza un poco canosa, un dolor, un delirio intenso, —¿qué será del viejo Pedro?—. La mañana venía cargada de una neblina densa, que no dejaba ver ni a un metro de distancia más allá de la ventana del quinto piso del edificio Imperio, a cuatro cuadras de la séptima, donde estaba yo en mi cuarto con un cigarrillo en la boca, que recién había armado con la mejor caña y el mejor tabaco, regalos de Plinio traídos desde el valle del cauca. El tranvía pasaba llenó por en frente del edificio, como de costumbre, y yo miraba a las señoras y sus perros, y a las señoras y sus vestidos, y a las señoras y sus maridos, mientras en la radio no paraban de hablar del Pacto de Bogotá —¿qué será del viejo Pedro, como habrá terminado ayer?—. Miré como angustiado el viejo reloj de roble en la pared, mientras la cabeza no paraba de palpitarme debido al dolor que me causaba la fuerte migraña, ese día recuerdo haber durado tendido en la cama toda la mañana, pasándola a punta de paliativos para el dolor y con la molestia del colchón nuevo bajo mi cuerpo. Dormí un poco después de perderme en pensamientos confusos sobre mi viaje a Milán y a Moscú.

Desperté cuando la neblina ya se había despejado y el sol rayaba como nunca había visto, hasta tenía una hermosa aureola de arco iris alrededor. Las venas en mi cabeza parecían disminuir su caudal, y el dolor comenzaba a abreviar —que será del viejo Pedro Eliseo, que dirá cuando me vea llegar a la oficina tan tarde, inspeccionará mi dolor de cabeza y me recetará como si estuviera en su consultorio—. Entre al baño y miré mi reloj de mano que la noche anterior había dejado tirado sobre el lavabo, doce en punto, <<que coincidencia>> pensé. Me hice un baño con jabón de yerbabuena para transpirar la frescura de la naturaleza, y terminar de curar el dolor con el vapor que subía por el ducto de mi nariz hasta mi cabeza, remedios del libro de la abuela. Mientras estaba en la bañera, no deje de pensar en las tres cartas que llegaron ayer al despacho. La primera, la de la señora Gloria, en la cual venían nuevas pruebas al caso del asesinato de su hijo, llevado a cabo hace ya más de un mes —Pedro estará hojeando las nuevas pruebas, sobre todo las médicas, que son las que mejor entiende debido a su profesión—. La segunda, la de ese joven cubano, <<Fidel>> si mal no recuerdo, con el que nos reunimos ayer los muchachos y yo, para charlar sobre la reunión aquella, informando que tal vez no podía llegar a las dos de la tarde al sitio acordado, pues se le presento un problema en su hospedaje en la Avenida Caracas. Y la tercera —que es la que me tiene más pensativo—, llegó ayer por la noche, y lo único que alcance a leer en su anverso fue: <<de las causas de la muerte de Turbay Gabriel, conspiración...>>, esa la

leyó Jorge, que además de mi era el único que quedaba en el despacho a esas alturas, yo me fui sin leerla porque me comenzó la sagrada migraña, y tuve que regresar a mi apartamento pues el dolor me agujoneaba hasta el alma.

Salí del baño, me vestí con el traje de paño como siempre, con el viejo gabán que me había regalado Plinio. Abrí la puerta del apartamento y descolgué el paraguas del perchero, y lo llevé aunque hacia un sol brillante, sin embargo —siendo uno de los encantos de esta ciudad y de la que cada vez me enamoro más—, todos saben que cuando amanece con neblina y hace sol al medio día: es seguro que por la tarde cae un aguacero, así es la gran ciudad, la hermosa Bogotá. Tenía un poco de afán porque quería alcanzar a llegar antes de la una al despacho, para salir a almorzar con los muchachos de la oficina. Ya estaba cerrando la chapa de la puerta cuando la vecina Ruth, la del quinientos dos, me llamó, me preguntó si ya le había hecho el favor de lo de su divorcio, y yo por supuesto un poco fastidiado por la irrupción, me devolví al cuarto y tome el sobre con los documentos del caso de ella. Se lo entregué. —que desgracia, que al trasladarme hace dos meses al edificio, doña Ruth fue la única que se enteró por coincidencia y sin que yo quisiera, que era egresado de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional—, se despidió como un poco distraída, al parecer también iba un poco afanada y lo último que me dijo fue que si ya había leído las noticias en el periódico, las últimas encuestas para las elecciones internas del Partido Liberal en fresco y que de paso me felicitaba por la campaña política que habíamos hecho los muchachos y yo, que le enviara saludes al guapo de Jorge, que ella como la mayoría también votaría por él dentro de dos años en las presidenciales.

Bajé por las escaleras y llegué a la entrada del edificio, me tome el café de siempre en la *Boulangerie* —delicioso pan el que venden allí—. Me percaté que había dejado el paraguas en el apartamento cuando tuve que entrar por lo del favor de la señora Ruth, y rogué al cielo para que esa tarde no lloviera, pues no pensaba hacer el tonto subiendo y bajando cinco pisos. Salí a la avenida séptima, me subía al primer tranvía que cruzo en dirección oriente para que me dejara sobre la avenida Jiménez, noté con extrañeza que dicho tranvía iba desocupado, solo, daba la sensación que nunca nadie lo hubiese montado antes. El único ocupante que había: una señora que iba tan lánguida y en los huesos, que se le notaban las clavículas marcadas en la piel debajo del cuello; tenía una camisa holgada y blanca, en donde bien podían caber otras diez como ella; llevaba un pantalón negro bota campana, que se le batía con cada movimiento del tranvía, y su cara: los pómulos le salían de la piel, los ojos hundidos hasta más allá de sus cuencas y el cabello negro y rizado, largo hasta la espalda y cubierto por una pañoleta de flores que le daba un toque más tétrico a su esplendor mortuorio. Fue como una visión de la muerte que se aproximaba, —y aunque en ese momento me pareció estúpido— un mal presagio. Yo iba sentado yuxtapuesto a la

señora, recuerdo que intentó cruzar sus flácidas piernas y me pareció como una ilusión, demoró tanto en esa acción que recorrimos diez cuadras antes de que pudiera lograrlo. Me acomodé la chistera con la que siempre andaba por la ciudad, mientras la gente pasaba al lado del tranvía como esperando que algo ese día sucediera. Pasaron tres carruajes de esos que ya poco se ven, mire al reloj, y ya faltaban diez minutos para la una, me había retrasado. Pasaron dos Bentley último modelo, que pocas veces se ven —cosa curiosa, ¿no?: que justo ese día, dos de esos autos que todos codician, pasaran por la séptima como con prisa—, también recuerdo haber visto pasar un lustra botas en la misma dirección del tranvía, iba afanado —¿pero de qué?—, parecía como si el destino ese día, a él, le tuviera preparado algo en especial: llevaba un bléiser café y sucio, y claro, los parches negros en los codos. Como un viento repentino, me arreció en la cabeza un fuerte dolor de cabeza y aunque ya estaba acostumbrado a los ataques de migraña repentinos, decidí un poco remolón bajarme dos cuadras antes del despacho y entrar a la droguería que queda allí, comprar un mejoral y el periódico que se me olvidó leer en la *Boulangerie* mientras me tomaba el café. Cuando me bajé del tranvía, la señora me siguió con su trémula mirada como presagiándome algo, tuve algo de horror y llegue a pensar que tal vez ella era la causa de que el tranvía fuese desocupado, inclusive durante todo su recorrido hasta la plaza mayor. Crucé la avenida mientras un caballo relinchaba y el ruido de la ciudad se me metía entre los oídos. Entré en la droguería y me atendió un farmaceuta calvo y viejo, me pasó el periódico y el mejoral ya inmerso en un vaso de agua que me baje por la garganta con urgencia, tenía justo el tiempo de llegar a almorzar con los de la oficina.

De pronto un estruendo alzó con la droguería mientras me disponía a salir de ésta, entró un policía azarado —tal vez, el primer chulavita—, y delante de él un señor de ojos trigueños corriendo y como un loco desesperado gritaba <<Yo no quería matarlo, me obligaron>>, me fije con horror de toda la multitud que acaecía por la calle, el policía daba bolillos a ton y son mientras afirmaba a gritos <<él no fue el asesino>>, a mí me alcanzo a poner un golpe en la cabeza. Entró el río de gente a la droguería y no alcancé a leer la esperada buena nueva de las elecciones en el periódico, el cual salió volando arrastrado por la madre y confundiéndose entre los multitudinarios pasos de mocasín y charol. No tuve tiempo de respirar siquiera, apenas si me podía sobar el golpe del bolillo.

Un señor de traje elegante que estaba frente a la droguería gritaba <<i>Línchenlo!, a con el hacía la Casa de Nariño>>, no se me pasó por la mente lo que sucedía en ese momento, pues los dos dolores, el de la cabeza y el del golpe, me tenían aún muy turbado, miré el reloj de péndulo de la droguería en un corto instante y noté que marcaba ya la una y diez, mientras a empellones entraba la gente como enfurecida y sacaban al hombre que entró poco antes desesperado, solo se me ocurrió pensar en lo que me diría Jorge al verme llegar ultrajado y tarde, al

restaurante Monte Blanco: lugar exquisito donde almorzamos todas las tardes. No sé porque aún no caía en cuenta, me entere tarde debido al lustra botas que vi pasar minutos antes cuando estaba en el tranvía, gritaba desconsolado << ¡Lo mataron!, mataron a Jorge Eliecer Gaitán>>, mientras batía su cajoncito y el pañuelo rojo —que cargan todos los de su profesión— en el aire. Me pasó un fuerte destello en frente de los ojos, no era posible, no era posible que ese día no pudiera almorzar con él, con Jorge, como todos los días, que iba a ser de la campaña, que iba a ser del caso de doña Gloria, a quien le iba a llevar el saludo de la señora Ruth y sobre todo que iba a ser del país triste y desconsolado. La muchedumbre dejó sola la droguería, yo estaba ahí, estupefacto e inmóvil. No podía creer aún la triste noticia; resulta que el hombre de ojos trigueños que entró minutos antes en la droguería, fue quien disparó el arma al momento del asesinato, no viviría ya para contarlo: la gente enfurecida llevaba su cuerpo maltratado y vuelto un gran coagulo de sangre tres cuadras hacía el oriente de la droguería.

Me dolía más el alma que la cabeza. Salí hacía la séptima, me pareció eterno ese instante, miraba con más horror que antes como la gente llena de cólera entraba a los almacenes y saqueaba todo, los vidrios retumbaban en la soledad de mi vespertino, y en la calle. Las sirenas volaban por los aires y Bogotá comenzaba a arder en llamas, se alzó el estupor de injusticias acumulado en los adoquines de esta gran ciudad desde hace ya más de ciento cincuenta años. Se nos va el caudillo. Cruce corriendo dos cuadras abajo, con la esperanza de encontrar noticias de Jorge, me miré los zapatos y mis pies no estaban allí, venían rezagados dos metros detrás de mí, y mi alma, mi pobre alma en pedazos, se esparcía en reguero y se confundía con los cristales rotos que caían del ventanal de *La Boutique*. El presagio popular del clima se cumplía, la lluvia en forma de aguacero comenzó a caer sobre la ciudad. Levante la mirada, las lágrimas de mis ojos salieron y caían junto a las lágrimas del cielo. Entré en el destruido *La Boutique*, y a falta de mi paraguas para caminar bajo la lluvia tomé uno de gran colorido colgado en el mostrador, mientras una señora un poco gorda y encorvada, aprovechaba el momento de desconsuelo nacional para saquear los vestidos exclusivos traídos desde París. Sacudí el paraguas, lo extendí, y entre sollozos caminé sobre los adoquines ya desbaratados, no a causa de la gente, sino a causa de ellos mismos, a causa de su propia furia inerte que era la misma furia que levantaba a la ciudad de sus cimientos, camine sobre los charcos y sobre el tiempo, pero ya nada importaba: que iba a ser de mí, su amigo fiel, su compadre de los viernes de tejo y polas en La Candelaria, su compañero del despacho. Jorge E.G., amigo de toda la vida, había muerto a causa del destino y como el viento, aquel viernes triste, aquel viernes veinte nueve de abril de mil novecientos cuarenta y ocho a las dos de la tarde con seis minutos y nueve segundos.

Al-Griseo [2015]